

Diario de Burgos

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Burgos 3 de Septiembre de 1899.

Abrumados por el exceso de actos, solemnidades y discursos que hemos tenido que reseñar estos días, encerrados en los estrechos límites de nuestro periódico, apenas si hemos podido, a pesar de grandes esfuerzos, dar cuenta sucinta del Congreso Católico. Deseosos, sin embargo, de ampliar nuestra información todo lo posible, transcribiendo íntegros algunos discursos, aprovechamos el día festivo para dar á conocer el texto de dos de ellos que constituyen dos de las notas más salientes y dignas de atención del actual Congreso.

Para ello contamos, como siempre en análogos casos, con la expresa autorización del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo, á quien damos las gracias por las atenciones y bondades que ha tenido para nosotros, así como se las enviamos también muy expresivas al Excmo. Sr. Cardenal Cascajares y al Ilmo. Sr. Obispo de San Luis de Potosí, por las facilidades que se han servido darnos para llevar á cabo este pensamiento.

Discurso

del Sr. Sr. Cardenal Arzobispo

desgarrado el corazón de la patria, cuyos gritos de dolor suenan en nuestros oídos, pidiéndonos el remedio de la verdad y del bien para tantas penas, el bálsamo para tantas heridas, la luz del Evangelio que disipa tantas tinieblas, los esfuerzos de la razón en armonía con la fé para desvanecer las densas nubes de los errores que han empañado el sol de la verdad, que han velado su luz purísima, esparciendo por todas partes la duda, la inquietud, el desasiego, la desconfianza, y hasta los temores de que no haya para esta nación desventurada posible regeneración, porque es general el desconcierto y la confusión es inmensa; y el dirigir la vista al mañana y ver sus horizontes negros, tan negros que dan escalofríos, porque presagian tempestades mayores que las pasadas.

La defensa de los intereses de la Religión, de los derechos de la Iglesia y del Pontificado; la difusión de las doctrinas cristianas para educar é instruir; el buscar los medios para que la caridad informe nuestros actos; el estudio de los elementos necesarios para la restauración moral de la sociedad, nos han traído aquí para celebrar el 5.º Congreso Católico. ¡Dios sea bendito! Con vivas ansias suspirábamos por estas horas de ventura, pues ha estado mucho tiempo separada la familia y tentamos ya hambre de comunicarnos impresiones.

deos, están predestinadas á sustituirnos, y á beneficiarse de nuestra herencia. Que la raza latina, la raza más inteligente y más moral que registra la historia; la raza cuyos hechos épicos eclipsan las antiguas leyendas; la que llevó el nombre de Cristo á las últimas regiones del globo; la que enseñó el alfabeto á germanos y sajones, civilizó dos mundos y es gloria de la humanidad por las glorias de sus hijos; se nos dice, Señores, que esta raza está decadente.

Y ¿sabéis por qué lo está? Porque produce menos hulla y forja menos hierro; y no construye potentes acorazados, que arrebatan la libertad á los pueblos, y siembren el espanto y la muerte, allá, á donde nosotros hemos llevado la civilización y la vida. Somos una raza decadente, que prefiere la caridad y la fraternidad cristianas, á los pueblos á quienes la raza superior de Chamberlain envilece y deprime con el opio.

No, Señores; ni nuestra raza está decadente, ni próxima á ser dominada. La raza latina es la raza eminentemente espiritualista; la raza que lleva en sus entrañas los grandes destinos de la humanidad; la raza que recibió la misión de difundir el catolicismo romano; la raza cuya historia eclipsa la historia de todos los pueblos, y semejante raza ni decae, ni será jamás vencida.

Ante los ideales sublimes, que consa-

la desprecian, y la han incluido en la lista de las naciones llamadas á desaparecer. Efectos son estos hoy bien contrarios á los de ayer; á causas contrarias por consecuencia obedecen; y estas causas ya las hemos apuntado y nadie las desconoce.

Parece, Señores, después de todo lo dicho, que todo ha muerto, y que hay necesidad de un milagro para la resurrección de España. Poco menos. España puede hacer ese milagro con la ayuda de Dios y de los hombres de buena voluntad. No ha muerto todo aquí: la fé no morirá nunca en nuestra Patria; y si la fé no muere, ella hará que España resucite, y vuelva á ser la misma nación que llenó el mundo de epopeyas gloriosísimas, y de gloriosísimos poemas. La fé traslada montañas, la fé engendra las grandes convicciones, y las grandes convicciones han escrito siempre, con indelebles caracteres, en páginas inmortales, aquellas epopeyas y aquellos poemas asombrosos.

¡Alélate!, que el triunfo será nuestro. Para prepararle nos reunimos. Nuestra empresa es grande, extraordinaria: queremos la regeneración de España, que se ha de hacer si en España vuelven á lucir los esplendores del Catolicismo.

Para llevar á cabo esta grande obra,

á exclamar: «Ved cómo se aman los cristianos.»

Falta la caridad, falta el amor, porque falta la humildad: todos quieren erigirse en maestros; nadie quiere ser discípulo: todos quieren ser jefes; nadie soldado: todos quieren mandar; nadie obedecer: en la práctica se olvida que Nuestro Señor Jesucristo dijo á sus discípulos: *Qui voluerit inter vos primus esse, erit vester servus, sicut Filius hominis non venit ministrari sed ministrare.*

Es triste, Señores, muy triste, el ver cómo los católicos vamos de día en día perdiendo terreno, consumiendo y gastando nuestras fuerzas, no en combatir al enemigo común, sino en combatirnos mutuamente; y estos por pereza aquellos por indolencia, por soberbia los unos, y los otros por temores pueriles, damos paso franco al enemigo, y le dejamos el campo abierto en el municipio, en la provincia, en las Cámaras, en la catedral, en la escuela, en todas partes. Si queremos pelear sin planes de campaña y entramos en la lucha sin unión, y sin unión, ni orden, ni disciplina soñamos con la victoria... ¡Somos unos ilusos! ¡el enemigo se aprovechará de nuestra división y se reirá de nosotros. Fé, ideales, patriotismo, abnegación, humildad humana ante todo; armas preciosas para la defensa y para el ataque.

Usémoslas, esgrimámoslas unidos, y

Antonio María Cascajares y Azara, en la sesión inaugural del quinto Congreso Católico Español.

Reverendos Prelados y hermanos míos.—Respetables autoridades y distinguidas corporaciones, y miembros todos dignísimos del quinto Congreso Católico Nacional.

SEÑORES:

La escasez de mis merecimientos por un lado, y por otro la altura de aquel á quien sustituyo me hacen echar de menos, y de menos echaréis también vosotros, la presencia en este lugar del que, no vedásele la falta de salud, nos ilustraría con su ciencia: el Emmo. señor Cardenal Sancha, nuestro amado y venerable Prímado. Exigencias de nuestro reglamento me imponen el deber de dirigiros en este momento la palabra; pero no se oculta á ninguno de vosotros, que estáis leyendo en mi semblante las emociones que agitan mi corazón, que me encuentro hondamente impresionado. El presidir el quinto Congreso Católico, y en esta ciudad nobilísima tan querida para mí, y en esta Iglesia, incomparable maravilla del arte cristiano, para mí de gratisimos recuerdos; el hablar delante de vosotros, que tenéis en el corazón un altar donde daís culto á la virtud, y otro altar en la inteligencia, donde la ciencia, las letras y las artes reciben el holocausto de vuestros deseos, os dan testimonio fehaciente de lo muy necesitado que estoy de benevolencia.

Quisiera mejor las delicias del silencio para meditar y madurar las diferentes ideas que despiertan en mi alma: la contemplación de vuestra fé, de vuestra esperanza, de vuestras energías y de vuestros alientos; el consuelo de ver tanta grandeza reunida; el admirar la ciencia que traeis, para derramar aquí esa bendita semilla y regalar sus frutos copiosos de mañana á los que nos van á seguir; la consideración de las horas de vigilia, en que habeis trazado diversos planes para alcanzar la victoria en la lucha de la fé contra la impiedad; la memoria de las amarguras que han

Aquí estamos, gracias á Dios, obedeciendo las indicaciones del Padre común, que cien veces ha encarecido la importancia y necesidad de estas reuniones familiares. El Padre amante, desea que sus hijos estrechen el amor conociéndose y tratándose. El sabio, anhela que sus hijos se agrupen bajo el manto de su sabiduría; para que, caldeados con su fuego ó iluminados con sus fulgores, peleen cada día con más bríos las batallas del Señor. El Pastor de los Pastores, reúne á las ovejas y á los corderos, para alimentarlos con el maná de la ciencia salvadora. El Señores, que es la admiración del mundo, quiere vernos así, juntos, unidos, y que unidos salgamos de este Congreso, con lazos inquebrantables de fraternal cariño.

La obra encomendada á este Congreso, es grande, muy grande; purificar y sanear el maléfica y pestilencial ambiente en que la sociedad actual vive y se mueve, y esta purificación solo podrá conseguirse cristianizando al pueblo que fué grande cuando fué cristiano, haciendo que vuelva á poner su confianza en Aquel que es el camino, la verdad y la vida, y el Señor de todo cuanto existe. Esta es nuestra obra.

Pobre Patria! Providenciales designios, tal vez en castigo á su desvío de Dios, la han dejado humillada y pobre; su manto real ha sido desgarrado, y el aire ha jugado con sus girones. Bien lo veis; la que fué Señora del mundo, es hoy el juguete de las naciones; estas mueven la cabeza con un gesto de desdén al dirigir la mirada á la que un día las hizo temblar con solo el imperio de las suyas... Llevó la civilización á todas partes; extendió su reino por doquier; clavó el asta de su bandera para con su sombra ennoblecer y civilizar tierras incultas; el orbe entero veneró su nombre augusto; arrancó mundos al mar; dió almas á Cristo; esparció la luz, el calor, la vida, y hoy...

Hoy, Señores, se nos anuncia que nuevas razas, razas de gigantes como las de la antigüedad, fuertes en con trucciones materiales cual lo fueron egipcios y cal-

gran sus hechos heroicos ¿qué significa esa otra civilización efímera, sin otro horizonte que la conquista, sin más ideal que el dominio, ni otras glorias que la exuberancia de su producción material?

Comparad, Señores, á Baqon de Verulam con Lavoissier, á Leibnitz, á Kant con Santo Tomás de Aquino, á Bismarck con Napoleón el Grande, á Cook con Colón, á Handston con León XIII, y decidme luego cuál es la raza que dió á la humanidad los grandes hombres que constituyen su ornamento y su gloria.

Plantado el problema en este terreno y así circunscrita la lucha, nada tiene que temer la raza latina, con tal que se inspire en su historia y elimine á los mistecas que la extranjerizan y vilipendian. El triunfo será siempre de la idea sobre el hecho, del espíritu sobre la materia, de las aspiraciones sublimes sobre los intereses mezquinos, y ¿por qué no decirlo? El triunfo será en lo futuro, como fué en lo pasado, de la civilización católica-romana sobre esa otra civilización de maquinaria y acorazados, que lleva en su seno cierto americanismo religioso, cuyo triunfo sería el triunfo del libre examen sobre la divina revelación, de la anarquía sobre el orden, de la materia sobre el espíritu.

España fué grande mientras fué católica; poderosa, mientras fué la perla del Cristianismo; ganó batallas cuando llevó en sus banderas por escudo el signo de la cruz y el monograma de María; engendró santos, héroes, poetas, pintores, guerreros y heroínas, cuando alimentaba á sus hijos con el nectar de la verdad católica; fué admirada, porque fué severa y magestuosa, con la severidad de la justicia, y con la majestad que imprime la virtud; progresó, mientras mantuvo el orden en su seno, porque sin orden, sin armonía y sin unión de fuerzas al mismo fin, es imposible el progreso.

Hoy ¡qué contraste! pobre, anémica, enfermiza, desvalida, una á una ha perdido sus colonias, y uno á uno ha ido perdiendo los tesoros de su paz interior. ¡Pobre España! Nadie la quiere; nadie la teme; nadie la admira; los poderosos

es ante todo y sobre todo necesaria la unión de los católicos, pero la unión verdadera, tantas veces pedida por el Papa y por los prelados. Nuestros enemigos nos dan el ejemplo; no desaprovechemos la lección. Vedlos divididos en diferentes bandos; se combaten con furor; pero surge un incidente que de cerca ó de lejos tenga algo que ver con los intereses de la Religión, se trata de combatir á Cristo, ó á su Iglesia, al soberano Pontífice, á los Obispos, al clero secular ó regular, ¡ahl, entonces se unen estrechamente, y los que ayer se combatían y odiaban con odios africanos, hoy, cogidos del brazo, abrazándose con abrazo infernal, llevan aquellos odios á Cristo y le combaten con ardor, sin tregua ni descanso y echan montones de cieno sobre los Prelados, sobre el clero, sobre los órdenes religiosos; y se sirven de la calumnia, de la injuria, de la difamación y de la mentira, de todo echan mano para arrancar, si posible fuera, del corazón de España, las tres joyas que la hacen grande: la fé, la esperanza y la caridad.

Los católicos ¿cómo respondemos á esta guerra feroz é implacable? ¿Qué hacemos? Permittedme la alusión aunque sea vulgar: hacemos lo que los conejos de la fábula; disputar sobre cuestiones secundarias, sobre si son galgos ó son podencos; olvidar los santos ideales de Religión y Patria, hermosos ideales con los que nuestros mayores fueron de Covadonga á las Navas y de las Navas á Granada; y con los cuales nuestros padres vencieron al capitán del siglo, y los que á nosotros también nos han de dar la victoria, si no perdemos el tiempo en discusiones que podrán ser de gran interés para otro tiempo, pero que hoy no hacen más que dividirnos. ¡Y si solo fuera perder el tiempo...! pero con frecuencia se pierde también la caridad, esa virtud hermosa que, además de ser lazo de unión, debiera ser siempre como nuestro sello ó distintivo especial característico. Por él, se distinguieron los cristianos de los primeros siglos, con envidia y admiración de sus más implacables enemigos, que se veían obligados

España quedará regenerada.

Hace dos años, terminaba yo un documento que todo conocéis con las siguientes palabras:

Los acontecimientos se precipitan en todo el mundo; empieza el gran deslinde de campos, y es necesario que los católicos vayamos tomando posiciones para la grande y definitiva batalla. Los matices intermedios van desapareciendo poco á poco; va siendo necesario elegir entre las grandes afirmaciones y las grandes negaciones; á un lado los hijos de la revolución atea; al otro los hijos de la Iglesia de Cristo.

La Iglesia quiere hacer un recuento de todas sus fuerzas, y es necesario que estas se agrupen en España y en todas partes, prescindiendo de diferencias accidentales, para salvar lo esencial. Los gravísimos problemas que amenazan á nuestro moribundo siglo, y que dejará como funesto legado al venidero, obligarán á los bandos que hoy nos disputan el paso, al terrible dilema de ponerse á nuestro lado ó colocarse en el contrario extremo.

He dicho.

Discurso pronunciado en el V Congreso Católico Nacional de Burgos, el 2 de Septiembre de 1899, por el Ilustrísimo señor D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo de San Luis de Potosí (Méjico)

Eminentísimos Señores, venerables Hermanos en el Episcopado, clero y fieles de la católica España.

No vengo á pronunciar un discurso. Ni me considero competente en las materias que estáis tratando, ni me toca, simple huésped como soy, terciar en las cuestiones que os agitan.

Faltaría, empero, á los deberes que me imponen la gratitud y la cortesía, si no os dirigiera un saludo de hermano, y un voto de gracias por vuestra hospitalidad. Aceptad, os ruego, uno y otro, que os envíe, no á nombre mío tan sólo, sino de todo el Concilio Plenario de la América latina, de que fué uno de los presidentes